

Perfil onírico del estudiante de Letras

Por Julieta Brizzi

5° año - Letras

Siempre me consideraron un ser intemporal. No sé el motivo exacto de semejante calificación que sólo se merecen algunos personajes célebres, pero cualquier semejanza con Borges será bienvenida. Los motivos más tangibles, creo, serán mis habituales distracciones interminables, mis huidas desprevenidas al mundo de las ideas u olvidos irreparables (como aquel en que dejé sobre el *orbis calorama* la edición facsimilar de Luciano de Samosata, préstamo más que valioso de un celeberrimo profesor de literaturas clásicas).

No lo sé realmente. Mi vida, mi corta y fantasiosa vida, ha transcurrido en una eterna ficción. De pequeña, jamás podía evitar imaginarme a mí misma dentro de alguna historia de Carroll o Salgari, de la *Iliada* de Billiken o de *Los tres mosqueteros*. Jugaba, con toda la ilusión típica del niño, a batirme a duelo con el Polifemo o a superar en beatitud —por no decir belleza, por humildad— a la doncella del mismo Lancelot. De más grande agucé el sentido literario y me dediqué a Shakespeare. William cambió el rumbo de mi existencia. Mi vida ya no era la rutina de esos cuentos de hadas, en los que repetía las mismas actividades y ya casi me sentía una empleada sin goce de sueldo.

Aquella lejana decisión de hacer de la literatura mi vida profesional, elegir la carrera de Letras, lejos de encausar mi vicio y convertirlo en una austera meta, me sumió en una de mis más profundas crisis ficcionales. Las mañanas ya no eran mañanas sino *maitines*, los desayunos ya no eran desayunos sino *desencadenamientos de recuerdos infantiles por el bocado de una bola de fraile*, las tardecitas ya no eran *tardecitas* sino *ocasos*, mis pensamientos ya no eran tales sino *fluir de la conciencia*. Mi habitación era la cárcel de Segismundo, mi balcón, el de los Capuleto, mi casa, la tienda de los argivos por la tarde y la nave de Argos por la noche. En el andén del subterráneo Lacroze-Leandro Alem esperaba que sorpresivamente apareciese Babieca solitario en busca de su señor y que, generoso, me llevase hasta la puerta de la Facultad. Entonces, yo, enchida de soberbia, llegaría hasta mis compañeros montada en el caballo del Cid.

Era una de aquellas mañanas de otoño, frías, llenas de gente. El aula del segundo piso, ruinosa, dividida en dos, de paredes débiles, de tal manera que la calle entraba en nosotros. Recuerdo que sólo tenía dos monedas de 50 centavos, que había rechazado una propuesta de trabajo no sé con qué mentira burda, y me encontraba allí, mirando en la primera página de mi cuaderno un número de teléfono de otro lugar donde solicitaban jóvenes universitarias part time.

Una amena clase expositiva, hechizante, inteligente, si

no fuera por mi mente que en ese instante se me iba. Se apresuraba a expandirse hacia otras zonas. Las manos me temblaban, los apuntes caminaban; es decir, se presentaban todos los síntomas de mis ataques ficcionales. Sucumbí.

De pronto me asustó una enorme columna negra, del tamaño del edificio nuevo, caligráfica. Yo, en un peldaño como de cuero, la observaba atónita. Obedeciendo a un extraño impulso comencé a escalarla, hasta quedar agarrada de la cúspide. La superficie rugosa me permitió ascender con facilidad. Me senté sobre ella y miré primero hacia abajo, después hacia el costado. Me azoré cuando caí en la cuenta de que esa construcción que había aparecido frente a mí hacía unos instantes era la letra «I». Sobre la «I», entonces, pude leer la frase completa «INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA». Salté sobre la «N», quebré el ganchito de la «G». Estaba entusiasmada de haber entrado en una edición del Quijote. El ruido externo me sobresaltó y regresé al aula. Durante la tarde no dejé de pensar en aquel suceso y, en cierta forma, me consolé de las preocupaciones mundanas, alivió las penas y evadió el sufrimiento que significaba buscar trabajo.

Así, fueron pasando los días, las mañanas con saludables sueños, alucinaciones, visiones y fantasmagorías de todo tipo que, al principio, no atrajeron mayores inconvenientes. A veces peregrinaba a Jerusalén con Ricardo, otras, repetía hasta el cansancio mi apellido al "personaje importante" de San Petersburgo, o juntaba florecillas en el monte Carmelo, o pedía la bendición al anciano Adso de Melk, o le ofrecía mi fortuna millonaria a Raskólnikov.

Pero cuando las visiones comenzaron a ser nocturnas y más, no sé, agobiantes...

Cierta vez desperté a la mitad de la noche en un grito porque la cabeza de Banquo me pedía un beso. Hacía cosas como huir despavorida por una enorme avenida perseguida por Berenice, o escuchar a la pobre Cathy Earnshaw desde el más allá que me susurraba al oído mientras releía los apuntes de Hjelmslev.

Muy pronto, mi primera resolución fue tomar una actitud diferente frente a las lecturas. Debía adoptar una frialdad tal como para comprender la verdadera distancia entre la ficción y la realidad. Reconfortada, logré recobrar el sueño y dormí algunas noches.

Sofé cosas saludables como presenciar un baile en el aula magna de la Universidad, que en realidad era la discoteque *El cielo*, donde una de mis compañeras festejaba el cumpleaños vestida de gallina y los invitados llegaban en parejas disfrazados de conejos, o viajar en un subterráneo subacuático en el que trababa conversación con

un apuesto joven llamado Pebete Negro.

Me creí curada, y hasta completamente reconciliada con la vigilia, la coherencia y la realidad. Pero aún quedaba por librar la última batalla.

Amanecía. Era un campo, que acababa de soportar la carrera de numerosos ejércitos. Las pisadas delataban una enorme lucha, sangrienta, adivinen por qué. Miles de cuerpos tendidos a mis pies. Yo, nauseabunda, corrí desesperada buscando una ambulancia. Me pellizqué la mano. Nada. El olor era insoportable. Humareda aún en el aire. El polvo volaba. De pronto oí, a lo lejos, como si se tratase de otra alucinación, un murmullo tenue, voces de niñas, extrañas. Decían «heil», seguido de unas palabras indescifrables, en un idioma desconocido. Caminé unos pasos. Aún no veía nada, y el «heil» más fuerte. De pronto, inesperadamente, mis oídos se abrieron y mi corazón se detuvo. El aliento se me quedó agarrado en la garganta seca. Porque oí otro «heil» y luego una frase entrecortada: «... that shall be king hereafter». Indudablemente, hablaban en inglés. «Me muero», me moría. Alguien estaba representando Macbeth en idioma original. Avancé algunos pasos más. El espectáculo que se me apareció a los ojos era algo indescriptible, eran tres cosas, como mujeres, pero sin cara, eran como, como, burbujas, no sé. Me desmayé del espanto.

Yo creo que más o menos a la media hora me recuperé.

Estaba tendida en mi cama, con un dolor de cabeza insoportable. Me toqué la cara. El cutis lleno de un polvo blanco, de las arenas escocesas. Me levanté y la cama crujió. Definitivamente no era mi habitación. Salí apresurada del cuarto en busca de una presencia humana. Pero me encontré con amplios pasillos de mármol, altísimos muros y ventanales por los que se llegaba a ver una muralla. «Cuánto que estoy en la antigüedad», me aposté. Efectivamente tenía razón: miré hacia el horizonte y adiviné la silueta de una mujer, de amplia túnica con la cabeza cubierta. Otra mujer la observaba desde la muralla, muy próxima al castillo. «A mí no me agarran, aquélla es Antígona y yo voy a estar en problemas si después me piden declaración».

Salí del lujoso palacio con la intención de buscar algún guía que me condujese a Atenas, ingenua de mí. Tal es así que saliendo del lugar, en medio de una encrucijada, encuentro un peregrino y le digo:

—¿Kalós kai agathós?

—No puedo desviarme hasta Atenas —me responde—, pero en Corinto también hay buenas posadas. Si quiere la llevo.

Le dije que no, que muchas gracias, le pedí disculpas por haber interrumpido el altercado que sostenía con otro peregrino y seguí la marcha.

Caminé varias horas hasta que di con una casa de campo en Alemania, creo. Sí. Me atendió una joven muy simpática, que me cedió la habitación de huéspedes por una noche. Me pareció un hogar muy alegre, lleno de chicos de todas las edades que correteaban y que tenían loco a uno de bigotes. Parecía ser su maestro. La chica en cuestión me trató muy bien, y hasta me presentó al novio. Yo le expliqué que era estudiante, que habla nacido a orillas del Río de la Plata en América, donde, a causa del exotismo de esos lugares, las mujeres somos todas universitarias. Por este motivo sabría disculpar mi insaciable curiosidad,

puesto que nunca había tenido acceso a la sociedad germana del siglo XIX.

Esa noche me acosté temprano. No sé cuánto tiempo pasó. Recorrí con la vista los muebles y el decorado de la habitación de huéspedes. Cortinas rojas, pesadas, la cama cubierta también por cortinados, como la de las películas. En síntesis, el ambiente respetaba el gusto de la época. Pero... No, no era posible. Ahí me di cuenta de todo. ¡No, Werther, no! Grité y salí de la habitación. Busqué a la chica. Por suerte todavía no se había ido a dormir. Se preparaba para un baile. Entonces, yo, desafortunada, la saqué de los brazos y le pregunto:

—Por favor ¿vos cómo te llamás?

—Lotte..

Volví a caer desmayada.

Me despierto. Me llaman a lo lejos, una voz de hombre. ¡Desdémona! ¡No!, grito, y grito. Entra este hombre, un moreno, y me toma del cuello. Despierto nuevamente. Tengo antenitas, seis patas y me echan RAID. Despierto otra vez. ¡Salvaje unitario!. Despierto. ¿Funes? Despierto. Un caballo, un caballo, mi reino por un caballo. Despierto. Rosaura, la busca el señor Camilo Canegato. Despierto.

Sin darme cuenta habían pasado los años.

Una mañana desperté tranquila en mi cama, la mía, y me volví a dormir, allá por el mes de noviembre. Seguí mi vida, liberada, no sé por qué. Mi familia se veía diferente. Mis amigos sonreían. En definitiva, todos vivían, nadie estaba en peligro, nadie sufría penas existenciales. El mundo rutinario seguía todos los días como igual, haciendo lo calculado sin salirse de los límites. Me topé de nuevo con el número de teléfono y solicité una entrevista de trabajo.

En cuanto a mi delirio, bueno, jamás fue un caso totalmente patológico, ni siquiera quirúrgico. Mantendré en secreto mis viajes literarios para no dañar la salud mental de quienes frecuento. Puedo vivir con él, siempre y cuando él se deje vivir conmigo. Ha sucedido algo muy curioso que me ha hecho aprender a controlarlo.